



Más allá de lo sensorial

El jardín de los sentidos: un lugar donde todavía uno puede encontrarse consigo mismo en perfecta comunión —no es un cliché— con la generosa naturaleza.

Escribe: José Carlos Romero
Estudiante de Ciencias de la Comunicación



Cuando Dante hubo atravesado el purgatorio, alcanzó el jardín del edén. Un lugar que no pertenece aún al paraíso – mucho menos al infierno– y que es más bien tangible, pese a su abrumadora belleza. Es acaso curioso que la máxima representación de esta estética sea un jardín, más aún que dicho jardín sea la antesala al paraíso mismo: “Volví a aquellas sacrosantas ondas / tan reanimado como las plantas nuevas / renovadas con nuevas hojas, / purificado y dispuesto a subir a las estrellas”. Solo hasta este punto pudo Virgilio officiar de guía y maestro de un Dante que bien pudo ser invidente, dado lo ignoto de estos ambientes supra terrenales. Y en adelante, todo fue fulgurante y lleno de Beatriz, la representación dantesca de la pureza y felicidad.

No es necesario usar los ojos en el recorrido de este jardín. La voz de un Virgilio se mezcla con una pieza musical compuesta por aves y un género musical tan poco explorado como relajante, pero se separa de inmediato: “Raúl Silva, paisajista”. La superficie del primer ambiente tiene la textura de piedra pulida y aún está fría por la mañana. Raúl podría estar en cualquier lugar de lo que él indica es un anfiteatro. El anfiteatro es la antesala al jardín, ahí han expiado sus pecados varias personas dedicadas al oficio de las artes, brujerías y demás. Raúl está,



efectivamente, en cualquier lugar del pequeño anfiteatro, pero su voz es aún audible, incluso a pesar de los demás sonidos. En el anfiteatro también se han realizado observaciones de estrellas y actividades relacionadas con la relajación y el bienestar. Raúl está a dos metros, ¿más de cinco metros?, pero su voz resuena igualmente, como si de cerca hablara. El anfiteatro es, además, la mejor estructura para establecer comunicación en un grupo de cualquier tamaño, porque permite al interlocutor enfrentar a toda su audiencia sin mucho esfuerzo de movimiento. Las aves están arriba, eso resulta obvio; la música resuena con mayor fuerza detrás del anfiteatro, o a la izquierda, o a la derecha, pero no al frente; al frente está la voz de Raúl, hacia donde prosigue el camino.

El segundo ambiente está tras un portal de hojas y enredaderas, los pasos se hunden muy ligeramente en una capa de algo que seguramente es arena. Raúl conserva aún su resonancia omnipresente en este ambiente, una representación de un oasis en medio del desierto. El suelo del oasis es, pues, arena, aunque artificial. El olor del agua lodosa es perceptible desde la entrada. Raúl está cerca y esta vez tiene que estarlo, pues hay que evadir el pequeño pozo de agua. El oasis significa el origen de la vida a partir de la nada, de cómo una de las flores





más hermosas de la naturaleza nace del barro. Las hojas de los nenúfares son lo suficientemente gruesas para soportar el peso de sus flores, resulta placentero intentar hundirlas en su lugar.

Raúl se mantiene siempre al frente, las aves arriba y la música por detrás, en su voz hay ansias porque llegue el verano y los nenúfares florezcan. Hay palmeras alrededor del pozo, una, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Las seis se agitan de vez en cuando con el viento y producen un sonido distinguible del resto de árboles. El oasis sirve, además, como puente de expiación entre el hombre y la tierra, lo cual se logra sosteniendo a cualquiera de las palmeras, cuyo tronco suave ayuda a establecer la conexión hombre-tierra. Tronco suave, suelo arenoso, agua lodosa, aves, música y Raúl siempre al frente, indicando el camino hacia el siguiente escenario.

El terreno se hace firme a medida que se desciende al siguiente nivel, el espacio abierto se ha terminado y hay pequeños muros de piedra áspera a ambos lados del camino. Raúl, al frente, explica las especificaciones del laberinto en que consiste el jardín. Muros de ciento veinte centímetros de alto; pasajes con noventa y ciento veinte centímetros de ancho; ángulos rectos; bancos de flores encima de los muros; una orientación cardinal invisible, pero mística. El norte es la entrada y el ca-





mino más rápido hacia el eje central del huerto. Axis mundi, repite Raúl, Axis mundi, las aves por encima, la música por la izquierda y Raúl: Axis mundi.

El centro del jardín es una piedra lisa, suave y redondeada, tal vez de poco más de dos metros, un huevo gigantesco. Sigue el oeste, una mimosa pudica que se encoje ante cualquier mano que intente tocarla. La forma laberíntica del huerto tiene un efecto terapéutico sobre el estrés, las ansias y el nerviosismo. El sur tiene olores conocidos y desconocidos: menta, hierba buena y fragancias dulces que se impregnan fácilmente en la memoria. Olores y texturas se mezclan en los bancos de flores, la voz de Raúl a la izquierda, la música a la derecha, las aves siempre arriba. El este produce su propia música con flores que parecen hechas de papel. Hay variedad de plantas en el laberinto, pero la mayoría tiene uso medicinal; todas las plantas son, además, cuidadas con rigor botánico y conservadas de la ex-

tinción. Raúl ha salido ya del pequeño laberinto, los pájaros arriba, la música delante y Raúl también, aunque más próximo y sin más trucos sonoros.

Hasta ahí llegó el Virgilio del jardín de los sentidos, en donde la vista podría haber percibido el tamaño exacto del anfiteatro y estimado la distancia correcta que la separaba de Raúl en el primer momento, la alineación hexagonal de las palmeras en el oasis y la separación perfecta de los colores en el laberinto-jardín, en donde los blancos iban al norte, los liliáceos al oeste, los rojizos al este y los claros al sur. Pero también podría nublar la experiencia de los demás sentidos, que son el verdadero primer plano en este recodo de purgatorio, donde acaso el hombre deba expiar sus pecados hacia la tierra con todos sus sentidos funcionando. Como en la Divina Comedia, Raúl Silva, el Virgilio de este huerto, no puede participar del paraíso personal de cada uno, pero siempre podrá oficiar de guía y maestro en este pequeño edén trujillano.